

Medio	LA SEGUNDA - VIERNES
Fecha	22/07/2016
Mención	Educación contra el racismo. Habla Carolina Stefoni, académica Facultad de Ciencias Sociales UAH.

EDUCAR CONTRA EL RACISMO

En el mundo hay más de 63 millones de migrantes y en Chile, en los últimos 20 años, el número ha aumentado explosivamente a cerca de 500 mil. Al abrirse las fronteras, nuevas culturas, costumbres, colores e ideas se mezclan, desafiando la convivencia entre chilenos y extranjeros. Así, el racismo se hace más visible que nunca en la vida cotidiana y son las salas de clases el lugar para empezar a combatirlo.

Por Daniela Pérez G.
Foto: Sabino Aguad
Ilustración de portada: Edith Isabel

“**A** mi mamá le da asco que vengan haitianos al país, porque dice: ‘antes Chile era un país de blancos, ahora es de negros y blancos. Me da asco’. A veces tengo tanta rabia con ellos, que pienso lo mismo”. A mí me tocó vivir una situación muy fuerte, entre los alumnos le comenzaron a decir a otra que era hedionda. Las llevamos a la oficina con la inspectora general y lo conversamos, tratamos de ser lo más sutiles, entre la niña chilena y la otra niña, que se sentía muy mal, porque me decía ¿por qué me dice que estoy hedionda?”. Tuve una situación la semana pasada, lo informé a inspectoría, a orientación, de una niña que estoy segura que claramente cometió un acto de discriminación. Se burlaba de otro niño, le hacía gestos de mono, y en otro momento se paró y con un encendedor le quemó el pelo”.

Estos son algunos de los testimonios de estudiantes y profesores de un colegio anónimo en Santiago para evaluar el racismo en los colegios. El estudio, “Sobre el racismo, su negación, y las consecuencias para una educación anti-racista en la enseñanza secundaria chilena”, publicado el año pasado por Carolina Stefoni y Andrea Riedemann, de la Universidad Alberto Hurtado, evidenció una realidad poco advertida en el país: la dureza y crueldad con la que son recibidos los migrantes en Chile.

En una época en la que más de 63 millones de migrantes recorren el mundo –cifra que ha aumentado durante cinco años consecutivos–, de los que más de un millón son chilenos, las políticas de los países se han vuelto cada vez más restrictivas y el rechazo a los extranjeros sólo se profundiza. Una realidad que no es ajena a Chile, donde una nueva Ley de Migración aún no se concreta. La actual, de 1975, ve al extranjero como un riesgo potencial para la Seguridad Nacional.



Chile, desde la década del 90' se transformó en un país de acogida, económicamente atractivo, aumentando el número de migrantes en las calles. Hoy, según el Departamento de Extranjería y Migración, son más de 470 mil, sin contar a quienes se encuentran en situación irregular.

Es decir, hay cerca de medio millón de personas sujetas a eventuales maltratos físicos y psicológicos por sus rasgos y costumbres. Según los especialistas, este racismo es una herencia que se arrastra desde la colonia y que está enfocado en quienes llamamos inmigrantes –peruanos, bolivianos, haitianos y colombianos–. Pero no en quienes reconocemos como extranjeros –europeos e incluso argentinos–, otorgándoles una mayor o menor jerarquía social.

¿Por qué somos racistas? Para Carolina Stefoni, directora del Departamento de Sociología de la Universidad Alberto Hurtado (UAH), el racismo no es algo que esté inserto en el ADN. "Uno no nace siendo racista y tampoco siendo no racista. Es algo que se aprende".

EN LA CASA Y EL COLEGIO

En Chile, todos los hijos de migrantes tienen derecho a educación y pueden incorporarse como alumnos regulares a las escuelas nacionales, aun cuando los padres no tengan su situación de residencia al día. Es así como, según datos del Ministerio de Educación, para el 2015 el sistema público en todo el país recibía a 18.751 estudiantes extranjeros, de los cuales 8.110 (43%) asistían a colegios en la Región Metropolitana.

Y es en la principal región del país donde este año se concentra un 45% de las denuncias de discriminación racial. Hasta junio, el Mineduc ha recibido estas alertas, que ha identificado de las siguientes formas: prejuicios, maltrato psicológico por ser de otro país; pelea entre compañeros, en que la culpa siempre la tiene el extranjero; arbitrariedad en medidas disciplinarias; apariencia personal (uso de trenzas); idioma (lo acusan de tener problemas fonológicos y psicomotores, porque el alumno no comprende las órdenes), y burlas por color de piel.

Estos actos discriminatorios coinciden con la dureza con que se tratan chilenos y extranjeros según el estudio de Stefoni y Riedemann. Asimismo, Eduardo Thayer, sociólogo de la Universidad de Los Lagos, uno de los investigadores del estudio "Inclusión y procesos de escolarización en estudiantes migrantes que asisten a establecimientos de educación básica", señala que este concluyó que las acciones de inclusión en los colegios dependen de los profesores, que ellos llevan adelante prácticas que no conciben como racistas y que los hacen por una funcionalidad práctica. "Por ejemplo, agrupar a los estudiantes migrantes en un mismo curso para que los demás no se atrasen, es una práctica de exclusión que está fundamentada en que es mejor que aprendan los que puedan aprender y no se retrasen

porque están los migrantes", asegura. También se concluyó que en las relaciones formales de estudiantes y apoderados migrantes con el colegio no se perciben dinámicas de discriminación y que es más bien en los espacios informales, como el recreo, donde se realizan mayormente las prácticas discriminatorias.

CHILE PAÍS RACISTA

Hablar de "razas" ya implica estar cometiendo un acto racista. Stefoni comenta que el nazismo y el holocausto marcaron al mundo, pues llevó a grandes expertos, reunidos por la UNESCO, a cuestionarse cómo se llegó a tal nivel de intolerancia. Esto resultó en una primera declaración de "La cuestión racial" en 1950, a la que le siguieron tres modificaciones en que se ahondó en el concepto. "Desde entonces se determinó que no existen razas, sino que estas son socialmente construidas y, por lo mismo, hablar de "raza" es un acto racista, ya que en ello se reconoce que existen diferencias en función del color de piel y de la cultura", afirma.

En esa misma línea, la socióloga de la Universidad de Chile María Emilia Tijoux, que en mayo publicó el libro "Racismo en Chile. La piel como marca de la inmigración", afirma en diversas publicaciones y artículos que el racismo está inserto en la historia de nuestro país. No sólo eso, sino rastrea su origen hasta la esclavitud colonial. Tijoux se refiere a dos momentos de racismo en la historia: primero la esclavitud con personas deshumanizadas, utilizadas para el trabajo y el sexo; y en segundo lugar, una nueva deshumanización, la actual, de quienes no son europeos. Para la académica, este racismo está determinado por el hecho de que el Estado-Nación en Chile se constituyó en torno a un desarrollo "a la europea", lo que hizo que desde entonces los chilenos quisieran ser blancos y, por ende, construyeran a un otro desde la negación: el indígena y el negro.

"La discriminación racial siempre ha sido un tema, pero nunca se ha discutido abiertamente, y lo que hoy sucede es que la migración del último tiempo, de origen afrocolombiano y haitiano, ha hecho que se vuelva más evidente. Funciona como un espejo, frente al cual que no podemos seguir diciendo que no pasa nada. Y así comienzan a aparecer estas construcciones racializadas del migrante", explica Stefoni. Estas últimas, determinadas por el color de piel, el acento, la altura, la forma de la cara, la clase social, las condiciones económicas y costumbres culturales, características que pronto se vuelven estereotipos de estos otros "no chilenos", y los estigmatiza.

Thayer agrega: "El migrante en sí mismo no provoca malestar automáticamente, sino cuando irrumpe, cuando está ocupando una vacante en el jardín infantil o cuando ocupa una cama en el hospital. Cuando el migrante sale de su lugar se activan más los mecanismos discriminatorios. En Quilicura, por ejemplo, se ve la distinción que los vecinos chilenos hacen entre haitianos y colombianos. A los primeros

los consideran trabajadores, silenciosos, ordenados, limpiecitos, subordinados, hacen los peores trabajos y no hacen fiestas. Sin embargo, los colombianos sí”.

EDUCACIÓN SIN DIFERENCIAS

Así como las investigaciones revelan cuáles son las prácticas racistas más comunes, también destacan una serie de acciones inclusivas. Pero no todas se ejecutan a partir de un programa escolar o protocolo institucional. “Lo que hay es producto de voluntades individuales, pero no hay análisis y políticas consistentes diseñadas para algún objetivo claro”, dice Thayer. Las intervenciones que el Estado ha realizado han tenido que ver casi exclusivamente con programas de regularización administrativa de niños y niñas migrantes matriculados en establecimientos públicos, pero muy poco se orienta a abordar los problemas que suceden una vez que están compartiendo con sus compañeros.

En respuesta a esto, el Mineduc desde marzo de este año incorporó un Plan de Formación Ciudadana, que busca que los recintos escolares reconocidos por el Estado –municipales, particulares subvencionados y privados– incluyan en enseñanza parvularia, básica y media, integren definiciones específicas sobre la materia. Entre ellos se anuncia: promover la comprensión y compromiso de los estudiantes con los derechos humanos y fomentar la diversidad social y cultural del país. “Se están desarrollando iniciativas para facilitar el proceso de integración de los estudiantes migrantes. Junto con revisar y actualizar la normativa para regularizar sus estudios, también estamos trabajando en orientaciones técnicas para que las escuelas tengan una mirada inclusiva”, dice Juan Eduardo García-Huidobro, jefe de la División de Educación Escolar del Mineduc.

El Servicio Jesuita Migrante también se ha hecho cargo de este conflicto en las salas de clases. A través del programa de Educación Intercultural en Arica, Antofagasta y Santiago, el sacerdote Miguel Yaksic enfrenta el problema y agrega que en el proceso se tiene que pensar en el largo plazo. “Nos preocupa mucho que lo que hoy se dice en materia de inclusión de migrantes no sólo repercuta en los niños, sino también en la segunda y tercera generación de esas familias. Si se piensa a futuro, se podría comparar con lo que sucede en Europa. Allí, los migrantes que están enojados son la tercera generación. Por ejemplo, argelinos nacidos en Francia, hijos de franceses, que ven que la promesa de ser francés no se cumple, porque siguen viviendo en guetos de migrantes. Esto ocurre en Chile ahora, los migrantes se están relacionando en guetos y eso podría convertirse en una importante descohesión social”, dice.

La conversación respecto al tema racial en las aulas está en una instancia muy preliminar. Pero la experiencia de las comunas con mayor presencia migrante y el trabajo de los académicos

entregan una serie de lineamientos que apuntan hacia un proyecto inclusivo. Para Stefoni, además, existen dos modelos. El primero, uno multicultural, en el que la diversidad siempre está puesta en un otro distinto, donde se mantiene la posición hegemónica de la cultura dominante. Y el segundo es uno intercultural, en el que las diversidades se igualan y la sociedad se entiende como una en la que todos tienen múltiples diferencias, pero desde una posición de igualdad. Y es a esto último a lo que deberíamos apuntar.

LOS PIONEROS

Las comunas de la zona norte de Santiago llevan la delantera en términos de integración. Recoleta abrió hace dos años un programa Migrantes, desde donde se trabajan todos los temas que la comunidad extranjera necesita, incluida su educación. “Todo lo que hacemos es a partir de una política de inclusión. Somos una comuna de muchas culturas integradas; por lo mismo, tenemos tres banderas izadas, la mapuche, la chilena, y la de los pueblos del norte. Además, en los colegios celebramos todas las fiestas nacionales de todas las comunidades”, dice el alcalde Daniel Jadue.

Otra de las comunas precursoras es Quilicura. Aquí, el reto ha sido inmenso y diferente, porque es la comuna con mayor presencia de migrantes haitianos. Ellos hablan otro idioma y, en algunos casos, llegan sin los certificados de nivelación escolar que se necesitan a la hora de asignarles un curso, lo que hace el proceso más complejo. “La política de la comuna es que aquí no hay chilenos, peruanos o haitianos. Aquí hay quilicuranos”, dice Christian Muñoz, jefe de Control de Gestión del Departamento de Educación Municipal.

Para integrar a los nuevos estudiantes, Quilicura se ha preocupado de capacitar tanto a alumnos como a docentes. Ya tuvieron una intervención del Observatorio de Interculturalidad y Patrimonio de la UMCE en algunos colegios, donde se identificó el racismo y sus prácticas y cuentan con un facilitador lingüístico haitiano en el equipo que trabaja en terreno.

Y para continuar con el trabajo, la primera semana de agosto recibirán el proyecto de la Universidad de Chile “Contra el racismo, nos educamos” en la escuela Estado de Michigan. Liderado por la socióloga María Emilia Tijoux, se trata de un proyecto itinerante que, a través de una exposición artística, pretende explicarles a alumnos y docentes qué es el racismo y cómo reconocerlo en el día a día.

Estos avances son significativos, pero sólo son un primer paso. “La educación está pasando por un proceso de transformación que deberíamos exigir que fuera más allá. Las cosas no van a cambiar porque sí. Debe haber un discurso de apertura”, dice Stefoni. “Cuando eliminemos esta idea de que somos superiores al resto de América Latina y asumamos nuestra heterogeneidad y diversidad, entonces recién será posible ver un cambio”. ●



Serette Mirvil (6) y su hermana Samuka Mirvil (11), haitianas; Krishna Pulgar (6), chilena; Geraldine Rojas (5) y su hermano Christopher Rojas (8), nacidos en Chile de padres peruanos y Matias Pinto (8), chileno. Todos comparten a diario en la Escuela Estado de Michigan, donde Quilicura programa sus actividades para las vacaciones de invierno.

¿Por qué somos racistas? Para Carolina Stefoni, directora del Departamento de Sociología de la UAH, el racismo no es algo que esté inserto en el ADN. “Uno no nace siendo racista y tampoco siendo no racista. Es algo que se aprende”.

LO QUE SIENTEN LOS NIÑOS

• El estudio de las sociólogas Carolina Stefoni y Andrea Riedemann, “Sobre el racismo, su negación, y las consecuencias para una educación anti-racista en la enseñanza secundaria chilena”, no sólo recogió la opinión de estudiantes chilenos y profesores, también incluyó un cuestionario aplicado a 15 alumnos haitianos, quienes respondieron por escrito y con la ayuda de un traductor. Estas son algunas de sus respuestas.

• “Según mi punto de vista creo que los chilenos deberían dejar de ser racistas porque ellos deben pensar en cómo se sentirían si estuvieran en Haití y nosotros les demostráramos racismo”. (Mujer, 16 años)

• “Yo quisiera que los alumnos chilenos dejaran de ser racistas, porque todos somos iguales - solamente ellos son rojos” (nota: el

traductor del documento añadió el siguiente comentario: es una manera de identificar el color de la piel) (Mujer, 15 años)

• “Los alumnos no me recibieron muy bien porque no quieren a los negros y a veces nos insultan (...) Quiero que mis compañeros de clase dejen de ser racistas, no nos entienden, nos insultan, y no quieren hablar con nosotros; quiero que se cambie eso”. (Mujer, 17 años)

• “Yo quisiera que los chilenos fueran menos racistas y que no nos miren sobre apariencia, porque a pesar de la diferencia de color, todos somos gente”. (Mujer, 16 años)

• “...Se debe exhortar a los alumnos chilenos para que dejen de ser racistas. Para que dejen de decirnos negro cullao (...)” (Documento compilado de respuestas escritas de alumnos haitianos, hombre).